

## OTROS PERSONAJES

### DON LEÓNIDES DOMÍNGUEZ GONZÁLEZ

Director y Maestro de las Escuelas y Grupo Escolar "Luis Casado" de Corrales del Vino

Texto dedicatorio de su alumno Faustino Chamorro González.

A Don Leónides Domínguez González, en atención a las sugerencias recibidas y por que aún permanece muy viva la imagen de este bien querido y valorado educador, desea uno de sus discípulos tener un recuerdo para con su memoria. Asistido por la generosa colaboración de la familia Domínguez Luelmo (especialmente la de Don Andrés Augusto Domínguez, Catedrático y Decano de la Facultad de Derecho en la Universidad de Valladolid y nieto de Don Leónides). Y así, mediante esta pequeña semblanza, ha traído a la memoria la prócer figura de su admirado maestro y educador ejemplar en Corrales del Vino.

Don Leónides, hijo de Celestino Domínguez y de Vicenta González, nació en Abezames (Comarca de Tierra de Campos y partido judicial de Toro), el 1º de noviembre de 1894. En Zamora, el 25 de agosto de 1922, contrae matrimonio con Dª Claudia Aguado Sevillano natural de Cerecinos del Carrizal (así mismo de Tierra de Campos, Partido Judicial de Zamora). Dª Claudia era también, Maestra Nacional en el pueblo de Abezames. El 24 de junio de 1923 nace en esta localidad su hijo Augusto, que ocupó el cargo de Juez Magistrado (**Boletín Informativo Municipal Nº12**).



No se conoce la fecha exacta, pero unos años antes de la boda (probablemente entre 1916 y 1918), se halla en Melilla cumpliendo el servicio militar. Allí, aparte de las rutinas propias de la milicia, ejerce el magisterio por encargo de sus jefes de turno, para enseñar a leer y a escribir a los compañeros de la "mil".



Arriba a la derecha; D. Leonides (1973).  
Arriba a la izquierda; imagen de D. Leonides en sus tiempos de maestro en Linares, donde pueden observarse los alumnos en fila y delante de la iglesia

Hacia 1926 se halla ejerciendo el magisterio en Linares de Proaza, una pequeña aldea del partido Judicial de Oviedo. Los datos llevan a considerar que la gran distancia entre Linares de Proaza y Abezames, pueblo donde ejercía su esposa, era grande y esto les hizo cavilar y buscar una localidad en la que, además de poder dedicarse ambos a la función de la enseñanza, se contara con buenas comunicaciones para que su hijo Augusto, ya mayorcito, pudiera en el futuro continuar sus estudios. Es así como Don Leónides y Doña Claudia se trasladan (1932 ó 1933) a Corrales.

Ya en Corrales, habitaron tres casas. La primera, al parecer en la calle del Oro, contigua a la de la maestra Doña Matilde Sesma Ballesteros, en la acera izquierda, unos 25 metros antes de llegar a la iglesia. No tardaron en mudarse a una casa cercana propiedad de Andrés Luelmo y Luzdivina Rebollo, quienes, según su hija Cristina, la llamaban familiarmente "la casa de los abuelos". (Sigue estando situada frente a la que sirvió de cuartel de la Guardia Civil en los años cuarenta). Por último vivieron en otra casa también de los Luelmo-Rebollo, quienes entre familia se referían a ella como "la posada" (porque en tiempos remotos —según Cristina Luelmo— fue una posada). La casa forma esquina entre la carretera N-630 y el inicio de la calle Las Mosquetas. Pareciera que, con estas coincidencias habitacionales, el destino insinuaba indicios de alguna conexión arcana entre los Luelmo-Rebollo y los Domínguez-Aguado, que vendría a ser realidad al casarse Augusto con María Rosa Luelmo Rebollo.

Dos cartas, acreditan a Don Leónides como corralino: la identificación afectiva y eficaz de su labor de educador y vecino durante más de cuarenta años en nuestro pueblo; y el "ius sanguínis" que proclaman su descendencia (**Boletín Nº12**) María Rosa, María Asunción, María Dolores y Andrés Augusto Domínguez Luelmo Aguado Rebollo, quienes pudieron disfrutar con él por temporadas, precisamente en la casa de la calle Las Mosquetas—coincidente "pertenencia" de sus cuatro abuelos— hasta el fallecimiento de Doña Claudia (mayo de 1971).

Desde el comienzo de su actuación en la escuela de Corrales, curtido ya por la experiencia de al menos quince años en el ejercicio docente, desempeña su oficio, hasta comienzos de 1941, junto y paralelamente a su admirado colega Don Luis Casado Sánchez (veinticinco años mayor que él). Don Leónides le sucederá tomando las riendas como Director del Grupo Escolar. (El edificio de las Escuelas Graduadas, cuya construcción se inicia en 1935, no fue estrenado precisamente —hay que recordarlo— en el ejercicio de la enseñanza para el cual se le concibió, puesto que estuvo por bastante tiempo al servicio y albergue de tropas pertenecientes al cuartel "Viriato" de Zamora, una vez que finalizó la Guerra Civil). El 7 de diciembre 1949, nueve años después de la jubilación de Don Luis (1940) y a nueve meses de su fallecimiento, Don Leónides coordina y dirige las actividades por las que, en acto solemne, las escuelas se dedicarán a su predecesor como "Grupo Escolar Luis Casado" (**Boletín Informativo Municipal. Nº 23 y Nº 28**).



D. Leonides con sus nietos delante del Grupo Escolar "Luis Casado" año 1964

EL 5 de enero de 1963, con motivo de su jubilación, fueron elogiadas las virtudes de don Leónides, en un conmovedor homenaje que el vecindario y Ayuntamiento en pleno (por acuerdo del 16 de diciembre) le dedicaron en el Teatro Ideal. En este acto, alumnos de diferentes promociones le correspondieron con cariño y agradecidos representando “maravillosamente” —según las efemérides— *El gran teatro del mundo*. A los treinta y seis de su partida en 1977, permanece felizmente enhiesta su extraordinaria figura en la memoria de todas las generaciones de sus discípulos, algunos de ellos, los más antiguos, ya nonagenarios, o casi. Eladio Casaseca, Felipe Posada, Ramón Núñez, Antonio Merchán, Miguel Zamorano entre otros muchos. Su propio hijo y discípulo Augusto tendría ahora 89 años.



**Imagen de D. Leónides impartiendo clase en 1959, ante un grupo de sus alumnos**

trofeo; son sus documentos fehacientes que coinciden en dar testimonio por la palabra de lo que posiblemente no se halle en actas o en hojas de servicio alguno sobre su fecunda labor educativa.

Maestros que enseñen hay muchos; pero maestros que enseñen, eduquen y guíen, y sean un referente para la vida, no hay tantos. Por eso en este recuerdo se estrenan los versos que siguen, evocativos de su figura, escritos para esta ocasión:

Don Leónides Domínguez González,  
de figura inequívoca y señora  
que en la calle y la vida con tu ejemplo  
y en el taller diario de la escuela  
condujiste a los niños con acierto:  
recordarte deseo en tus maneras  
y evocar obsequioso tu recuerdo  
para dejar escrito cómo eras.

En un cuadro pintarte yo quisiera  
inspirado en los días cuando tú  
me enseñaste a decir, con ademanes  
de pasión y con gestos expresivos,  
aquel bello poema que elegiste  
para loa de tu predecesor.

Se me antojaba entonces, (seis decenios  
y más ya se han pasado) que los versos  
bosquejaban sin duda a dos maestros:  
a Don Luis, porque así tú lo veías;  
mas también en tu rostro yo leía  
que aquellos versos eran para ti,  
pauta, programa, senda y guía  
de un quehacer anhelante y empeñoso;  
anticipo que al fin tu escucharías,  
de voz de tus alumnos obsequiosos,  
en la esfera celeste de otra vida.

El sentir de aquel niño va a cumplirse:  
hoy, al pie de la letra y verso a verso,  
se repite el poema declamado  
que llevaba por nombre “El buen Maestro”;  
y aunados en un solo corazón,  
Mentor inolvidable, en tu recuerdo  
los alumnos desean dedicarlo  
para evocar tu imagen ante el pueblo.

**(F. Ch. G.)**

### **EL BUEN MAESTRO**

*Miradlo allí...tranquilo, sonriente,  
Ante el hermoso cuadro de la infancia;  
Las hondas penas que en el alma siente  
No perturban su afán y su constancia.*

*Del mundo con sus odios y rencores  
Se olvida ante el candor y la inocencia;  
¿Qué importan del presente los dolores,  
cuando está el porvenir a su presencia?*

*Es de apóstol y mártir su figura;  
Brilla en su frente el esplendor de un  
cielo,  
Puro y sin mancha como el alma pura  
Su pecho inflama abrasador anhelo.*

*Con negra ingratitud, la indiferencia  
En vano por doquiera lo circunda;  
Él, en cambio, modela la conciencia  
De la niñez, con su labor fecunda.*

*En su misión modesto y abnegado  
Solo en la escuela ve sus ideales,  
Que la necia ambición no ha despertado  
Su espíritu a las pompas terrenales.*

**José M. Álvarez**



No podemos pasar por alto, en esta sencilla semblanza, pequeñas estampas que de Don Leónides se nos ofrecen como si estuvieran grabadas en nuestra retina. Entre una admirable didascalia, afloraban espontáneamente en sus labios con voz firme, vehemente y persuasiva, frecuentes exhortaciones y consejos para la vida: “El fracaso no existe”... y repetía: “no existe el fracaso para el que nunca se declara vencido”. Con su penetrante mirada y gesto apasionado, parecía que él realmente las estaba grabando a fuego en nuestras vidas. Y sí que consiguió grabarlas en nuestro interior para siempre.



Imagen de una clase de D. Leonides, donde se le puede observar junto a sus alegres alumnos.

capítulos que más cautivaban para seguir leyendo por propia elección la inmortal obra de Cervantes. Ni qué decir tiene que la lectura era para él algo que llenaba su vida. “Siempre que me lo imagino, —dice su nieto Andrés Augusto— lo recuerdo leyendo. Su casa estaba llena de libros, los que se podían adquirir entonces, como los de la Colección Austral, los del Fondo de Cultura Económica y otros de Espasa”.



Imagen D. Leonides en la entrega de un diploma a una alumna del Grupo Escolar “Luis Casado”

etc., él nos corregía con severos regaños diciendo: “No quiero en mi clase pastores de mecas”.

Y ¿cómo “dejarme en el tintero” y no decir algo de lo que, sobre todo cuando niños, somos muy sensibles para advertirlo?: Don Leónides era todo un señor íntegro y justo. Nunca tuvo cabida en él la acepción de personas, virtud que no siempre se manifestaba en otros maestros. Nos trataba a todos con igualdad y justicia, por encima de las diferencias sociales, o ideológicas, o de cualquier tipo.

Nada mejor, para concluir, que presentar las palabras de despedida, que dirigió a sus discípulos al momento de jubilarse. En ellas se encuentra la suma y compendio de los consejos y exhortaciones que una y mil veces escuchamos de sus labios. Él recomendó a su hijo Augusto que transmitiera lo esencial de esta lección a sus hijos, quienes han demostrado ser en verdad seguidores de tales enseñanzas (**Boletín Informativo Municipal N°12**).

Su rostro sumamente expresivo, su innata capacidad declamatoria y su rica inflexión de voz, sin que faltara en ocasiones aquella sonrisa tenue, de bondadosa ironía y de chanza oportuna, que dejaba entrever contenida en sus labios fruncidos con un rictus de disfrute. Todos y cada uno de estos elementos, alimentados por el auténtico afán del Maestro, eran motivos suficientes para cautivar la atención de los escolares. Es inolvidable — nos parece estarlo viendo y escucharlo— en su lectura motivadora del Quijote casi declamada, con su modulado timbre de voz, según se tratara del narrador o de los diferentes personajes de la novela; con sus apropiadas gesticulaciones para cada situación narrada..., con su fina sensibilidad para elegir aquellos

En los momentos menos afortunados —sobre todo al “tomarnos la lección”, que era tarea diaria— cuando su insatisfacción por el incumplimiento de algún alumno atentaba perturbar su serena compostura, tronaba con estas palabras: “¡bausán!”, “¡alcornoque!... ¡que si te doy un meneo caen bellotas!”. Si alguno trataba de disculparse por el incumplimiento de los deberes con las muletillas de “es que yo creí que...”, “es que yo pensé que...”, él, con rostro ceñudo, cortaba por lo sano diciendo: “Los creíques y los penseques, se dejan a la entrada”. Como frecuentáramos entre los juegos las exclamaciones (tacos) infantiles “me cagüen tal..., me cagüen cual..., o me cagüen diez...”



## Mi última lección

**Queridos niños: Ha llegado la hora de separarnos. Ya no seré vuestro Maestro. Tengo que dejar la Escuela; pero antes quiero daros algunos consejos de despedida que sirvan de normas a vuestro quehacer ya que me costaría trabajo hablar en este señalado día de despedida, después de haberlo hecho tantas veces en mi larga tarea escolar a través de los años.**

**Sois los artífices del porvenir que os espera; de vosotros mismos depende el llegar a ser hombres de provecho a la familia y a la Patria. Es preciso que penséis mucho lo que queréis ser, y con un pensamiento concentrado en una idea fija trabajando sin desmayo, con voluntad férrea llegaréis a donde os propongáis; el esfuerzo con tesón y perseverancia modela un seguro porvenir que os deseo de todo corazón.**

**El trabajo es una Ley de Dios impuesto al hombre cuando dijo: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente". Por ello no lo debéis mirar como una pena, sino como un consuelo que satisface y alegra a la hora de descansar. Con qué alegría se sientan vuestros padres en su hogar rodeados de toda la familia después de la jornada diaria, como se sienten felices cuando se limpian el sudor que trae el pan de todos los días; trabajan generosamente por vosotros a cambio de una sola cosa: que los queráis. Cuando se saben queridos de sus hijos son felices.**

**El poder de una voluntad firme y decidida lo es todo, con ella se consigue lo que se quiere, es una fuerza milagrosa, si vaciláis en el oficio o profesión que pensáis seguir seréis como una tabla que lleva la corriente a su antojo y nunca seréis nada. No desmayes ha dicho alguien porque el fracaso no existe. Podréis caer en la lucha por la vida; levantaros con energía y empezar nuevamente, no te desalientes ante los obstáculos que te quieren cortar el paso y triunfarás, no lo dudes.**

**No olvides esto: "No existe el fracaso para el que nunca se declara vencido". ¿Qué más os puedo decir? No perdáis el tiempo; el tiempo perdido no se recobra jamás. Ser buenos, que, en esta palabra se encierra todo lo grande y noble que se puede ser en la vida.**

**Siento separarme de vosotros. Las energías se debilitan y hay que hacerlo. Que sirvan estos renglones de abrazo de despedida cariñosa. ¡Adiós, pues! ¡que seáis buenos!**

Don Leónides, después del fallecimiento de su esposa Doña Claudia, pasaba los inviernos en Gijón. Y allí, al calor del núcleo familiar de sus hijos Augusto y María Rosa, falleció el 22 de febrero de 1977, a los 83 años de edad. Sus restos fueron trasladados a Corrales del Vino, amado lugar de sus desvelos, donde descansan junto a los de su esposa en el panteón de la familia Domínguez Aguado, que se halla (¡otra sincronicidad!) frente al panteón de la familia Luelmo Rebollo.

**Faustino Chamorro González**



**D. Leonides con sus alumnos en tiempos de la Republica, como puede verse el numero de alumnos es de 76 (normal en aquella época).**